

El aspecto de esos dos hombres picó la curiosidad de Peter-Paulos.

Por otra parte la frase italiana contenía un nombre capaz por sí solo de dar fiebre á cualquiera

Un nombre que estaba en su *Guía*.

El del más célebre bandolero de los Abruzos
Los dos desconocidos habían hablado de Porporato.

Empezó á cavilar.

Con ayuda del diccionario pudo traducir la frase que había oído, la cual era la siguiente:

Porporato no le dejará morir... ha jurado por el silencio que escalará por, sí mismo los muros de Castello-Vecchio.

IV

Las sorpresas de Peter-Paulos Brown, de Cheapside

Peter-Paulos estaba seguro de su traducción. El diccionario se la había revelado palabra por palabra, y la frase italiana quedaba grabada en su memoria.

¡Cuántos misterios en una sola frase!

Tratábase sin duda de ese barón de Altamonte cuya ejecución estaba fijada para el día siguiente.

Y ese juramento del Silencio ¿qué significaba?

No es fácil dar animación al carácter inglés, y la atmósfera de la Cité de Londres no produce el amor á lo fantástico.

Sin embargo, lo fantástico de cierto género, la poesía bandolera, para expresarnos así, impresio-

na muy vivamente las imaginaciones del otro lado del canal de la Mancha.

Ya no se trataba ahora de la marquesa. Peter-Paulos seguía en su propósito de solicitar el apoyo de un alto empleado de policía á quien iba recomendado, pero no ya para encontrar á su Dulcinea.

La marquesa estaba de baja.

Hubiera sido necesario para volver á pensar en ella que se encontrase inopinadamente mezclada con esa nueva y tenebrosa intriga.

Lo que Peter-Paulos quería era el apoyo del señor Spurzeim para poder introducirse en la prisión del barón de Altamonte.

Así tendría ocasión de denunciar la presencia de Porporato en Nápoles, y descifrar el sentido de las palabras que la casualidad le había dejado oír.

Cerró el diccionario y la *Guía* para seguir su camino hacia la ciudad alta.

Al ponerse en movimiento, los dos hombres de las capas se dejaron ver de nuevo á unos diez pasos de distancia.

Peter-Paulos se puso en acecho.

Los dos hombres parecían examinar los corrillos con mirada curiosa. Algunos les saludaban, otros se separaban á su paso.

Un tercer personaje del todo semejante á ellos se les juntó en el instante en que volvían á pasar por delante de Peter-Paulos.

—El jefe que tienen esta noche—dijo el recién llegado,—es Baldemonio.

Iba á proseguir, cuando los otros dos le tocaron con el codo, y los tres se detuvieron de repente, mirando á Peter-Paulos con atención.

Esta oyó que uno de ellos decía:

—Estas son las señas.

Desde luego se le ocurrió la idea de que serían

gendarmes disfrazados, y ya iba á presentarles su pasaporte, cuando un objeto, una mano, según creyó primeramente, se apoyó en su espalda.

Al propio tiempo una voz le decía alegremente:

—No te muevas, mi querido marinero, que me harías dar la voltereta... ¡Allá va... ya estoy... gracias!

Volvióse Peter-Paulos, y vió que el objeto que le había tocado, no era una mano sino un pie.

Había servido de apoyo á un hombre, vestido de una manera estrambótica, para subir á la cornisa de una puerta medio arruinada.

El hombre le daba las gracias.

Hasta ahora no tenía eso nada de particular.

Pero los tres personajes habían desaparecido otra vez.

De lo alto de esta tribuna improvisada, el hombre al cual había servido de apoyo, se puso á gritar con voz de tenor que dominó los murmullos cercanos:

—Muy exactas é interesantes noticias sobre el pretendido barón de Altamonte, capturado por la policía real y condenado á muerte por sentencia de la Consulta Mayor... Su vida, sus crímenes, sus aventuras galantes... Documentos que prueban que este bandido es el verdadero Porporato de los montes del Abruzo... Cuatro páginas impresas con esmero por Ducchino de la calle de los Libreros... con el retrato del bandido y documentos justificativos... ¡se vende á dos granos!

Antes que el hombre hubiese acabado de recitar esta lección, ya se había formado á su alrededor un círculo apretado y bullicioso.

—¡Venga, Frasconi! ¡venga!—gritaban de todas partes.

—¡Otro!—decía también Peter-Paulos dando una moneda de plata.

Frasconi, con el bullicio, olvido devolverle el cambio.

Peter-Paulos logró por su moneda de plata un pequeño cuaderno de papel de cuatro pliegos que contenía ocho páginas de impresión.

En la primera de estas páginas había una espesa mancha de tinta: era el retrato del barón de Altamonte por otro nombre Porporato, el verdadero Porporato, porque la policía había cogido y los tribunales condenado cuatro ó cinco Porporatos.

Al otro día de la ejecución, el diablo de Porporato hacía alguna de las suyas para probar que se encontraba en perfecta salud, á pesar de que el verdugo había cumplido su obligación á las mil maravillas.

—¡Otro! ¡otro! ¡otro!

—La venta tenía grande éxito. Todos tendían la mano, y el bolsillo de Frasconi se llenaba rápidamente.

Colocado Peter-Paulos en el centro del círculo y cautivo de la muchedumbre, se esforzaba para leer su cuaderno y no podía. No pudiendo leer, reflexionaba.

Peter-Paulos se decía entre sí:

—Estoy evidentemente en el centro de un océano de misterios... ¿Cómo conciliar este escrito con las palabras pronunciadas hace poco por esos dos desconocidos que, entre paréntesis, debían pertenecer á la policía ó á la clase más ruin de la sociedad? Si ese barón de Altamonte es Porporato, síguese de ahí que Porporato está preso y que mañana debe ser ejecutado... En esta situación, ¿cómo Porporato podría haber prometido por el juramento del Silencio escalar los muros de Castello-Vecchio y libertar al barón de Altamonte?... Hay aquí algo que yo no entiendo,

mejor es ir inmediatamente á encontrar al jefe de policía...

Pero la muralla humana se estrechaba á su alrededor gritando sin cesar:

—¡Otro! ¡otro! ¡otro!

Y en el momento en que aflojaba la venta el tenor Frasconi volvía otra vez á repetir:

—Muy exactas é interesantes *notizie* sobre el pretendido barón de Altamonte, capturado por la policía real y condenado á muerte... etc.

En este instante Peter-Paulos se encontraba bajo un pórtico oscuro á diez pasos poco más ó menos de la fuente de las Tres Vírgenes.

—Por fin—exclamó cerca de él una voz fresca y resuelta,—¡se encuentra con quien hablar!... Hace más de un cuarto de hora que estoy buscando á Baldemonio.

Y un brazo se enlazó familiarmente con el suyo. ¿Quién era?

Esta vez sintió Peter-Paulos una sensación tan extraordinaria que poco le faltó para desmayarse.

La mujer que le había cogido el brazo era joven, viva en sus ademanes, y vestía el traje airoso de las grisetas napolitanas.

Llevaba en la mano un canastillo de naranjas.

Bajo su pequeña gorra guarnecida de encajes negros que cubría una abundante cabellera, Peter-Paulos vió brillar los ojos saltones de su marquesa.

¡Esta vendedora de naranjas era su marquesa!

Su agitación fué tal á esta vista, que ella le soltó el brazo.

—¿Qué tienes, Sansovina?—le preguntó.

Pero viendo que su compañero no daba señales de vida, le arrancó el gorro con mano rápida.

Los cabellos amarillos de Peter-Paulos quedaron al descubierto coronando su rostro azorado.

La marquesa prorrumpió en una carcajada.

—¡El goddam del buque!—exclamó reventando de risa,—¡el goddam en persona!

Luego le dijo muy seria:

—¿Por qué diablos os habéis levantado el cuello del sobretodo?

Peter-Paulos estaba como atontado.

Parecióle oír que se decía cerca de él en francés:

—¡La Fiamma!... ¡Se te busca!...

Cerró los ojos para recogerse en sí mismo y cuando los abrió ya no estaba la marquesa.

Pero un instante después, al resplandor más vivo que despedía un fogón vecino, volvió á verla al pie de la fuente entre esos tres hombres que formaban el grupo que tanto le había llamado la atención.

En este momento distinguióse claramente el rostro del hermoso marinero.

Peter-Paulos se dirigió á él maquinalmente y sin saber lo que hacía.

Frotábase los ojos creyéndose juguete de algún sueño. No era la primera vez que veía ese rostro tan altivo, y esas facciones puras y despejadas.

Esta cara era la del desconocido, del dandy que fué por la mañana á bordo del *Pausilippe*, mientras la policía, la aduana y la sanidad estaban almorzando, y en obsequio del cual se había hecho un *desaire* á todos los pasajeros, sin exceptuar el mismo Peter-Paulos, súbdito inglés.

¡El príncipe, como le había llamado con todo respeto el capitán del buque!

¡El que se había llevado la mujer vestida de luto y la marquesa!

¡Príncipe por la mañana, marinero por la noche! ¡Cayendo del carruaje blasonado al fétido lodazal de la Avenida-di-Porto!

¿Qué significaba esto?

De súbito los ojos del hermoso marinero se fijaron por casualidad en Peter-Paulos que estaba inmóvil, mirándole con la boca abierta.

El marinero tocó con el codo á la desenvuelta Paola y le dijo una palabra al oído.

Paola se volvió.

Inmediatamente prorrumpieron en esa franca y estrepitosa carcajada que la vista de Peter-Paulos parecía poseer el privilegio de producirle.

El marinero pronunció algunas palabras más en voz baja.

El clown levantóse perezosamente. Era un robusto y hermoso diablo, admirablemente suelto, que debía ejecutar á las mil maravillas el salto mortal.

El otro marinero se dejó caer como á pesar suyo de la concha de la fuente y se guardó la pipa en el bolsillo.

Estos preparativos apenas llamaron la atención de Peter-Paulos, tan absorto estaba en contemplar los dos principales personajes de esta escena; ¡el príncipe marinero y la marquesa vendedora de naranjas!

Tan sólo advirtió que el otro marinero y el clown habían desaparecido.

Notóse en los corrillos un ligero movimiento.

Peter-Paulos oyó estas palabras pronunciadas muchas veces:

— ¡Alla girella!... ¡alla girella!...

Instintivamente abrió su fiel diccionario.

Pero en el punto en que su diccionario le revelaba las varias acepciones de la palabra *girella*, los corrillos parecieron quererle encargarse de ofrecerle una traducción literal y práctica.

«Torniquete, molinete, polea, veleta», había respondido el diccionario.

Una espalda empujó ligeramente la espalda de

recha de Peter-Paulos, y otra espalda ejecutó la misma operación en la izquierda.

Habiendo tenido lugar otros choques alternativamente, Peter-Paulos ejecutó á pesar suyo una media vuelta perfecta.

Hasta aquí la mitad de la *girella*.

Mientras empezaba á moverse, una mano le impulsó tomándole por el codo derecho y otra mano por el izquierdo.

La vuelta fué completa.

¿Habéis visto ponerse en movimiento una locomotora?

Los golpes del pistón y las bocanadas de vapor se hallan al principio separados por largos intervalos. Al cabo de algunos segundos van sucesivamente acercándose, pero todavía se pueden contar. De súbito falta la intermitencia, lo cual produce al oído el mismo efecto que una larga hilera de reverberos á la vista.

Así marcha el juego napolitano de la *girella*.

Los tiempos del movimiento que hemos indicado, espalda derecha, espalda izquierda, brazo izquierdo y brazo derecho, siguen la escala descendente de una progresión geométrica hasta el instante en que el efecto giratorio llega al *sumum* de su intensidad; es decir, cuando la víctima de las alegrías partenopeas gira con la velocidad de un trompo.

Entonces los alegres corrillos prorrumpen en una risa inmensa, homérica, interminable, y gritan á voz en cuello, siguiendo el trompo humano:

— ¡Alla girella!... ¡alla girella!...

Peter-Paulos sorprendido por la primera media vuelta, irritado por la segunda, inquieto por la tercera, quiso resistir; pero ¿cómo?

Esos diablos de napolitanos son muy hábiles en tal ejercicio.

El marinero había imprimido el vaivén la pri-

¿Qué significaba esto?

De súbito los ojos del hermoso marinero se fijaron por casualidad en Peter-Paulos que estaba inmóvil, mirándole con la boca abierta.

El marinero tocó con el codo á la desenvuelta Paola y le dijo una palabra al oído.

Paola se volvió.

Inmediatamente prorrumpieron en esa franca y estrepitosa carcajada que la vista de Peter-Paulos parecía poseer el privilegio de producirle.

El marinero pronunció algunas palabras más en voz baja.

El clown levantóse perezosamente. Era un robusto y hermoso diablo, admirablemente suelto, que debía ejecutar á las mil maravillas el salto mortal.

El otro marinero se dejó caer como á pesar suyo de la concha de la fuente y se guardó la pipa en el bolsillo.

Estos preparativos apenas llamaron la atención de Peter-Paulos, tan absorto estaba en contemplar los dos principales personajes de esta escena; ¡el príncipe marinero y la marquesa vendedora de naranjas!

Tan sólo advirtió que el otro marinero y el clown habían desaparecido.

Notóse en los corrillos un ligero movimiento.

Peter-Paulos oyó estas palabras pronunciadas muchas veces:

— ¡Alla girella!... ¡alla girella!...

Instintivamente abrió su fiel diccionario.

Pero en el punto en que su diccionario le revelaba las varias acepciones de la palabra *girella*, los corrillos parecieron quererle encargarse de ofrecerle una traducción literal y práctica.

«Torniquete, molinete, polea, veleta», había respondido el diccionario.

Una espalda empujó ligeramente la espalda de-

recha de Peter-Paulos, y otra espalda ejecutó la misma operación en la izquierda.

Habiendo tenido lugar otros choques alternativamente, Peter-Paulos ejecutó á pesar suyo una media vuelta perfecta.

Hasta aquí la mitad de la *girella*.

Mientras empezaba á moverse, una mano le impulsó tomándole por el codo derecho y otra mano por el izquierdo.

La vuelta fué completa.

¿Habéis visto ponerse en movimiento una locomotora?

Los golpes del pistón y las bocanadas de vapor se hallan al principio separados por largos intervalos. Al cabo de algunos segundos van sucesivamente acercándose, pero todavía se pueden contar. De súbito falta la intermitencia, lo cual produce al oído el mismo efecto que una larga hilera de reverberos á la vista.

Así marcha el juego napolitano de la *girella*.

Los tiempos del movimiento que hemos indicado, espalda derecha, espalda izquierda, brazo izquierdo y brazo derecho, siguen la escala descendente de una progresión geométrica hasta el instante en que el efecto giratorio llega al *sumum* de su intensidad; es decir, cuando la víctima de las alegrías partenopeas gira con la velocidad de un trompo.

Entonces los alegres corrillos prorrumpen en una risa inmensa, homérica, interminable, y gritan á voz en cuello, siguiendo el trompo humano:

— ¡Alla girella!... ¡alla girella!...

Peter-Paulos sorprendido por la primera media vuelta, irritado por la segunda, inquieto por la tercera, quiso resistir; pero ¿cómo?

Esos diablos de napolitanos son muy hábiles en tal ejercicio.

El marinero había imprimido el vaivén la pri-

mera vez, el clown la segunda. Miterino al codo derecho, Farfalla al izquierdo.

—¡Bravo, Ruggieri, amico!

—¡Bravo, amico Cucuzone!

—¡Bravo, Farfalla; Miterino, Bravo!

Al cabo de una docena de vueltas, el pobre Peter-Paulos había perdido completamente la cabeza, ya sólo se sostenía por la multiplicidad de choques contrarios y giraba locamente, extendiendo los brazos al azar.

El gentío, las tiendas, los fuegos y las luces giraban á su alrededor con espantosa rapidez.

Peter-Paulos oía sin cesar ese grito que era como un agujijón á su furor:

—¡*Alla girella!*

Hacia esfuerzos sobrehumanos para gritar, hinchaba las mejillas, y hubiese dado cincuenta libras esterlinas tan sólo para poder decir á esos caníbales:

—¡Mi ser sudito inglés!

Pero la palabra espiraba en sus labios; y por otra parte ¿cómo hacerse oír en medio de esa zambra?

Estaba enteramente á merced de esa muchedumbre en la que cada mano hacía el oficio de látigo ó zapato.

Su corazón se indignaba; millares de centellas chispeaban ante sus ojos.

Y siempre, siempre á su alrededor esa danza diabólica, de la cual salían los lejanos gritos de:

—¡*Lasagne de Amalfi!*... ¡*Ravioli maccaroni di grano duro!*

—¡*Ostriche di Fusaro!*

—¡*Frutti di mare!*

—¡*Fritella callida!*

—¡*Carbonchiosi!* ¡*Frittune!* ¡*Carneseche!*

Y sobre estas voces el clamor de:

—¡*Alla girella!*... ¡*Alla girella!*

¿Cuánto tiempo duró esto? Peter-Paulos no le hubiera podido precisar.

Solamente, después de un largo martirio, los olores de cocina llegaron menos acres á su revuelto estómago. El movimiento le pareció menos impetuoso, los gritos menos chillones.

Las luces parecían extinguirse, ¿Era que se velaban sus ojos?

Luego notó una gran obscuridad, reinando un silencio que sólo interrumpían algunas risas aisladas.

Las risas se extinguieron á su vez.

Durante un segundo sintió dar una vuelta en el vacío, bamboleóse como una perinola que va á caer, y se desplomó frente á una especie de línea luminosa que le dejó deslumbrado.

Bajo su cuerpo que quemaba, sintió la fría humedad del suelo de la calle. Esto le hizo volver en sí.

La calle resonaba al ruido de un carruaje que se acercaba á toda prisa.

—¡A un lado!—exclamó el cochero.

Peter-Paulos se separó instintivamente.

El coche pasó de largo.

Peter-Paulos, vuelto del todo en sí, lanzó una mirada á su alrededor. Su estado se parecía al de una embriaguez entorpecida y pesada.

En los banquetes solemnes de Cotton's-club, Peter-Paulos se había visto bastantes veces en situaciones semejantes; pero entonces contaba con el auxilio de Jack, el cual tenía á su cargo llevarle á la cama.

¿Dónde estaba Jack?

¿Dónde Penélope, cuya delgada mano le presentaba en estas circunstancias el té digestivo, el té benéfico?

En cuanto á Jack, Peter-Paulos no hubiera respondido de él; pero por lo que respecta á Pené-

lope, ¡oh! Penélope estaba muy prudentemente acostada en su cama de la fonda de la Gran Bretaña.

Peter-Paulos no conocía bien el lugar en que se hallaba en aquel momento. Era una plaza vasta, rodeada de edificios elegantes, la mayor parte de construcción moderna.

A su derecha se extendía una larga calle tirada á cordel y bien iluminada. Delante de sí veía esa gran claridad que le había deslumbrado en el momento de su caída.

Esta claridad procedía de una fachada llena de luces de un palacio al estilo griego, adornado con una doble línea de columnas.

Peter-Paulos se había arrastrado con la ayuda de las manos y rodillas hasta el ángulo de esta plaza para resguardarse de los carruajes.

Un reverbero alumbraba á la vez dos letreros colocados en cuadro en ambas caras del ángulo.

Uno de ellos decía: *Strada-di-Toledo*, el otro *Largo dello Spirito-Santo*.

Estaba en el caso de consultar el plano, pero ¡ay! *Guía* y diccionario habían desaparecido en la gran tormenta de la *girella*.

Los ojos de Peter-Paulos se dirigieron hacia la brillante fachada del palacio. El coche que por poco le aplasta, estaba detenido delante del peristilo.

Las fantasmagorías son como las desgracias, que, según se dice, nunca vienen solas.

Ciertamente Peter-Paulos Brown había tenido de qué admirarse, desde la maldita determinación de salir disfrazado en busca de su marquesa; pero esta vez el estupor llegó á su colmo.

El sueño se convirtió en dolorosa pesadilla.

Peter-Paulos vió descender del carruaje á un hombre de cerca de seis pies de alto, vestido de militar.

Hasta aquí, nada de particular.

Pero tras el gigante bajó una mujer alta y delgada con un vestido de raso azul celeste, una manteleta color de rosa y un turbante color de naranja.

En rigor podían existir otras mujeres tan altas y delgadas como Penélope.

Peter-Paulos conocía nueve en Cheapside.

Pero ¿no era para ella para quien Peter-Paulos en un día de prodigalidad había comprado seis varas de raso azul celeste?

El respetable Mr. Watergruel, desgraciado anciano, ¿había regalado á otra esa manteleta color de rosa?

Y el turbante color de naranja con flecos que Yocasta había mandado hacer á su modista francesa de Marile-Bone, ¿también era para otra?

¡Penélope con un coronel! ¡Demencia! ¡Delirio!

Penélope con el traje de baile que llevaba el año anterior en el *raout* de Smithson y Coperfields, el más honrado fabricante de cueros de todo el Ave-María-Lane!

Peter-Paulos llamó á Penélope por su nombre, y se lanzó á saltos hasta el peristilo del palacio. Cuando llegó, la mujer alta y flaca, su vestido azul celeste, su manteleta color de rosa y su adorno anaranjado guarnecido de flecos, habían desaparecido bajo el vestíbulo.

No quedaba más que el gigante.

Peter-Paulos, á quien la rabia había transformado en león, se precipitó sobre él, acusándole de raptó y llamándole malhechor.

El gigante lo rechazó empujándolo simplemente con la mano, hasta en medio de un grupo de lacayos, y entró.

—¡Mi querer ir!—exclamó Peter-Paulos con la boca espumosa,—detenido ese corruptor... llevar

milady. ¡Mi rogar encarecidamente!.. ¡Oh! ¡El scelerate!

Los lacayos le rodeaban, pero su bolsa había desaparecido bajo las alas de la *girella*.

No encontrándola, quiso penetrar á viva fuerza. Los criados, viendo su traje rasgado y fangoso y su rostro descompuesto, no pudieron dudar de que se las habían con un comerciante de algodón.

—No se puede entrar en el palacio Doria sin una tarjeta de invitación.

Peter-Paulos forcejeó aún un instante, luego se estremeció de pies á cabeza y quedó tranquilo de repente.

—Estar bien—dijo,—mí sido contento de saber... el palacio Doria!... aquí traer carta de reccomandación... Mí hacer venir la polisa seguida.

Desprendióse de los criados y cruzó la plaza de Santo Espíritu á grandes pasos, gesticulando y hablando sólo.

Luego subió al primer carruaje de alquiler que le vino á la mano.

—¡A la casa de le director de la polisa real!—exclamó;—mí ser súdito inglés... y sospechar milady... Mí suplicar ir á prisa... querer hacer un exempel... fomalemente!

V

El improvisador Mariotto

Cuando el hombre de la pipa de espuma y el clown volvían de su expedición contra Peter-Paulos Brown de Cheapside, el hermoso pescador había desaparecido del lugar que ocupaba antes, al pie de la fuente de las Tres Vírgenes.

En su lugar veíase un improvisador rodeado de ávidos oyentes.

Pero en las callejuelas situadas tras la fuente de la calle principal, había un vaivén silencioso, y el gallardo marino no debía estar muy lejos, porque la vendedora de naranjas mostraba su picarillo rostro en la embocadura del vicoletto Del-fino ó del vico Sorrento.

Así se llamaban las dos callejuelas que iban á juntarse á unos trescientos pasos de Castello-Vecchio, una á derecha y otra á izquierda de la pequeña plaza de San Pietro Martire.

Esas gentes que iban y venían, como centinelas, parecíanse exactamente por el traje á los comedores y bebedores de la Avenida-di-Porto, y tan sólo prestaban una atención secundaria á las enfáticas narraciones del improvisador.

Esto establecía una diferencia inmensa entre estos últimos y el gentío, el cual escuchaba con la más religiosa atención.

Además de estos centinelas atareados, distinguíanse en medio de la muchedumbre algunos individuos de ojos penetrantes é inquietos que pretendían confundirse entre los grupos. Eran los mismos que hemos visto un instante alrededor del bueno de Peter-Paulos.

En París, nuestros agentes de policía se guardan bien de escribir con caracteres distintos en sus sombreros, como el pastor de Lafontaine: «Yo soy Guyot, pastor de este rebaño»; en Nápoles cuasi se diría que todo se hace para reír, todo tiene una fisonomía teatral. Los bandidos visten un traje que parece decir: «Venid á ver un bandido». Los agentes de policía son de comedia y su uniforme murmura: «Nosotros somos alguaciles; hacednos el favor de elegir el momento en que pasemos para confiar á la brisa de la tarde vuestros más importantes secretos!»